

JARDINES ABIERTOS CON CARLOS CLEMENTSON



En los años sesenta estudió en la Universidad de Murcia su carrera de Filología Románica, en la promoción del 68, aquella que terminó en mayo de aquel año. Cordobés de ascendencia, nacimiento y actual vecindad, está muy vinculado a nuestra Universidad y a nuestra región, en la que ha publicado varios libros y obtenido algún premio importante. Son los datos biográficos más sobresalientes de Carlos Clementson, poeta ante todo y conocedor como nadie de la poesía. Con su natural expresividad ha respondido, con fecundidad, a las preguntas que para MONTEAGUDO, se le han hecho. Sus palabras dan buena cuenta de la profundidad y de la calidad de su poética.

LOS que leemos, y no escribimos, poesía nos preguntamos con frecuencia cómo un poeta hace un poema, cómo logra alcanzar esa criatura perfecta que luego admiramos. Entonces, Carlos ¿cómo haces tú un poema, cómo llegas al poema? ¿Cuál es tu proceso creador?

Recuerdo la primera vez que vi una flor de almendro. Fue hace veinticuatro años, junto a la carretera de Murcia a Lorca. Detuve el vehículo en que viajaba y me acerqué, casi temblando, a constatar aquella increíble revelación de gozo y de blancura, recortados contra el azul radiante de una tarde de enero.

Recuerdo también cómo se me reveló, como por vez primera, la línea azulada de las montañas de Aguilas en el horizonte, tras una larga y dolorosa convalecencia, recluso entre las paredes de una clínica.

Y eso es realmente la poesía: ver las cosas como por vez primera, con los ojos lavados de la imagen habitual y previa, con la húmeda frescura de las cosas casi recién fundadas en el alba del mundo.

Todo hecho poético nace de una revelación auroral en toda su pureza. De un redescubrimiento virginal. La poesía nace de la luz.

La poesía nace casi siempre de una iluminación o un relámpago. Un chispazo o fulguración interior, como una punzada ardiente y agudísima, que puede venir de una lectura intensa y afín que rime con nuestro estado de ánimo o nuestro espíritu, de una contemplación estética, del descubrimiento de un paisaje, de un aroma o una cierta gradación del color o de la temperatura del aire.

Cualquiera de estas motivaciones puede suscitar un cierto estado de gracia, del que surge, casi como un milagro, un verso aislado y generador de todo un poema.

Otras veces, alguna de esas mismas impresiones, conectando o re-
vificando otras anteriores y dormidas en el subconsciente, desencadena la misma especie de iluminación interior, un «estado lírico», u órfico, para decirlo no sin un punto de pedantería, que se plasma en una imagen o una frase germinales. Siempre, eso sí, unidas —frase o imagen— a la melodía del verso;

música y palabra en este proceso siempre van fundidas. Imagen o frase dadas que generosamente alguien nos regala —la musa, el espíritu, un ignoto e indefinible *deus ex machina*, o un determinado y azaroso fulgurar de nuestras células cerebrales o sensibles, quizá tan sólo una mera reacción química de nuestros fluidos vitales—, y que luego nosotros vamos completando y ordenando en un estado ya de más serena lucidez, de posterior y más demorada labor constructiva, artesanal o formalista, en un ulterior discurso sometido, en mayor grado, al pensamiento reflexivo.

Pero, ante todo, poeta es quien ve cómo por primera vez las cosas y devuelve su pérdida virginidad a las palabras.

¿Cuál es, entonces, tu concepto de la poesía, tanto tuya o la de otros? ¿Podrías hacernos una «poética» de Carlos Clementson?

La poesía, en primer lugar, creo que es un método de descubrimiento, de análisis, de enriquecimiento y afirmación de mí mismo; también de descubrimiento —no necesariamente lógico ni racionalista— del mundo, del precario e incierto sentido del vivir, si alguno tiene al margen de la propia existencia en sí. Un intento de explicación del mundo por la intuición y el temblor, por esa *honda palpación del espíritu*, de que habló Machado.

Así la poesía, la mía y la ajena, obra o contribuye a un proceso de iluminación íntima y exterior del entorno. La poesía me ilumina la vida. Vida y poesía; poesía edificada partiendo de vivencias, de recuerdos, de íntimas experiencias intelectuales, a veces decisivas, desde el destierro de un presente insatisfactorio que sólo se enciende o enriquece a través del acto creador.

Por otra parte, el máximo ideal poético al que aspiro se constituye por la debida síntesis y conjunción, en el poema, de sensación, emoción y pensamiento. Pensamiento, a la vez, reflexivo, intuitivo y cordial; es decir, pensamiento poético; traducido en expresión plástica y figurativa, no abstracta. Junto a un amoroso cuidado del lenguaje, mas sin reducir tal atención por la materia verbal a centro absoluto y decisivo del proceso poético.

¿Todo espíritu, o todo es mate-

ria...? Da igual. Todo depende del grado de efusión y fervor con que humildemente accedamos a los altos umbrales del misterio; todo, del grado acorde y comprensión, de gratitud y reconocimiento con que posemos los ojos —maravillados siempre— en la soberana contemplación de la belleza de todas las criaturas como revelación y signo, como emblema; también como cálida e iluminada presencia y compañía, como cotidiano palpito de belleza y dolor y de amor a nuestro lado.

Toda poesía que ingenua o candorosamente no me emocione; no me haga sentir, o pensar, o estremecerme de arriba a abajo; de vibrar en una sacudida espiritual, cordial o sensitiva, que puede ser también intensamente estética, no me interesa en absoluto. Como no me interesa la lírica por sus pseudo-reflexiones sobre el lenguaje, el poema, la página en blanco, la escritura, etc., aquella «poesía geométrica» de la que habló Leopardi con desprecio.

La poesía nos ha de impregnar de su alegría, de su entusiasmo, de su angustia, de su melancolía, de su fulgurante vibración estética; es decir, de la onda vital de la existencia. Tempestuosa o mansísima. No nos puede dejar indiferentes.

Algo más poderoso que la mera razón o la inteligencia discursiva alienta y vibra tras los grandes poemas. Una fuerza misteriosa e inmensa, estremecida y humeante, algo enorme y oscuro, a veces monstruoso, a veces ternísimo, que sobrepasa los meros refinamientos formales, los escuetos rigores del intelecto, las arduas y pacientes labores del orfebre encerrado en su gabinete de costosos metales y retortas.

La gran poesía es algo destructivo y enorme. Muy sutil, otras veces. Quizá lo más semejante al aliento de Dios. Un soplo poderoso y ardiente que nos inflama y arrebata, y nos derriba y anonada, o una muy dulce palpación de los aires que nos acuna y acaricia. Así en Virgilio, en Dante, en Milton, en Blake, en Leopardi, o en el pobre Verlaine.

Algo más decisivo y turbador que la música, al conjuntar melodía y sentido. Melodía que intensifica y fecunda al sentido. Que hace saltar

las palabras hacia un plano más puro.

Un ardiente vínculo casi religioso con las cosas, con los sueños, los infinitos y la totalidad del universo. Una espontánea fraternidad con el mundo. Como una comunión.

La metáfora, al poner en relación dos cosas aparentemente dispersas, y aun contrarias, opera como símbolo de esa vocación de amorosa unidad en la armonía. El verso, con su ritmo, como traducción melodiosa de un orden superior, más perfecto y más puro. Fray Luis ya lo sabía. Estamos en destierro.

También, para el incrédulo, el poema perfecto quizá venga a ocupar el vacío de una poderosa presencia sustentadora del tiempo y el espacio. Ala y abismo. Toda gran poesía parte de una irresistible vocación en absoluto. *El alma del poeta se orienta hacia el misterio.* Incluso, en grandes poetas supuestamente materialistas, como Pablo Neruda, se trasluce tal norte, semejante escalofrío al contacto con las cosas, con los elementos primordiales y sus irresistibles sacudidas cosmológicas.

Pero bajemos el diapason. Nos hemos ido muy alto. Aunque, en verdad, nunca en estos purísimos espacios pueda darse a la caza alcance. O tal vez muy pocos.

Para un poeta menor, como es mi caso, la poesía es una ardiente compañera, una distante y noble compañía a cuyo abrazo casi nunca podemos acceder, pero que con el solo perfume de su espíritu nos embriaga y consuela; un esplendor cuyo remoto absoluto inalcanzable deja caer, a veces, unas mínimas y lucientes pavesas de hermosura y amor a nuestro paso; una ardiente limosna que, al menos, a nosotros nos sirve para ir sobreviviendo dignamente, alimentando nuestro anhelo con el encendido recuerdo de su rastro; disipando las sombras más cercanas con su lamparilla temblorosa. La ebriedad de ella misma no nos permite atisbar más extensos confines.

La poesía nace de la luz.

Con la metáfora prístina y personal, el poeta, como un mínimo dios, congrega una nueva y distinta realidad de la diaria. Convoca, plasma o crea, concita otra realidad diferente a la gastada y cotidiana a que están

acostumbrados los ojos de los demás mortales y del propio poeta en su existencia habitual y no propiamente creadora.

Y esa intuitiva, o casi visionaria, fusión por la metáfora de dos realidades tan aparentemente lejanas y aun contrarias, como ha observado Marià Manont con respecto a su propia poesía, ¿no es, quizá, sino símbolo o reflejo de la originaria y divina unidad del Ser, o, al menos, religiosa vocación de reencuentro en el deseo y en el sueño con esa originaria unidad perdida, como entendemos nosotros?

Así, entre ruinas y sueños velados por la sombra, a través de la selva oscura del Dante, y sobre la aparente multiplicidad de las cosas, por la escala de la poesía nos encaminamos y remontamos a las primigenias fuentes del Ser. Precisamente por eso, cuando el actor Richard Burton pidió ser enterrado con un libro de poemas de su amigo y paisano, el poeta Dylan Thomas, el gesto me pareció intensamente religioso.

Para todo ello, como ya he dicho, hace falta una especialmente iluminadora acuidad de visión. Una capacidad de contemplación inspirada y ardiente sobre esta realidad empañada, átona y poco relevante por el hábito y familiaridad con que diariamente la vivimos, y a la que sólo la vivencia poética devuelve su genuinidad y perfilada nitidez.

La poesía nace de la luz, y por su propia naturaleza se dirige y orienta hacia la luz.

Háblanos de la evolución de tu poesía, desde las primeras creaciones hasta hoy.

Creo que toda mi obra oscila entre dos polos: el himno y la elegía. Desde mi inicial *Canto de la afirmación*, que se abre con la evocación de la muerte de mi madre, mi desvalimiento de criatura abocada al mundo y mi encendido afán, también, de posesión de ese mundo arduo y gozoso a un tiempo, fascinante y hostil, hasta mis versos más recientes.

Constitutivamente soy un vitalista con una insoslayable conciencia del dolor, del mío y del de los otros. Conozco mi historia y conozco la Historia. Y ello me impide forjarme ilusiones o utopías al menos inmediatas.

Así, canté, primero, mi atónita orfandad y soledad ante la existencia que, creo, son también las de todos; la pérdida de una concreta fundamentación religiosa y la búsqueda de otros más íntimos espirituales horizontes a través de una vaga religiosidad de signo individual.

Canté también la cálida compañía de la Naturaleza y de las cosas. Y canté también el amor, nunca como pérdida sino como gozosa posesión. Así era, a grandes rasgos, mi primer libro: una silva de varia emoción que recogía una larga década de experiencias vitales, inmediatas y punzantes.

Los argonautas sobre todo giraba en gran medida en torno a una recreación de ciertos mitos clásicos en los que, en cierto aspecto, me reconocía, o bien podían ofrecer una traslación plástica y metafórica de mi particular visión y experiencia de la existencia. Cantaba también ciertas pérdidas: mis años juveniles y el desaparecido ámbito doméstico al que se acogieron: mi inolvidable Huerto de la Rueda, en cuya familiar tradición arraigara lo mejor de mí mismo.

En «Colegio» evocaba una cierta educación restrictiva y tenebrosa con todas las infernales lobregueces propias de los años cincuenta, que incidieron poderosamente en mi formación intelectual y ante las que mi naciente conciencia crítica y libertad personal terminarían por rebelarse, no sin ciertas irracionales y subconscientes aprensiones.

Frente a ello, «Invocación al entusiasmo», de mi tercer libro, marca ya la expresión radiante de una liberación definitiva, al margen de torturadoras obsesiones metafísicas de signo cristiano; una liberación afirmada en lo irreductible de la condición humana, contemplada desde una perspectiva vitalista e inocentemente epicúrea, a la que no es ajena la lección de ciertos autores antiguos.

De mi amor y atención a la Naturaleza proviene, en estas fechas, mi aceptación natural y confiada de la idea de la muerte, que no de la nada, pues parece que nada se destruye, y si lo convencionalmente llamado *material* no desaparece del todo, ¿cómo esperar algo menos, referido a esa fuerza más intensa y

sutil de la conciencia; la anulación de una capacidad tan vívida, superior y compleja? La contemplación del sereno discurrir de las fuerzas eternas, de los ciclos solemnes y discretos del mundo natural ofrece una viva lección de aceptación, paciencia y esperanza, al margen de aspavientos y de falsos temores.

Todo ello se acentúa en *El fervor y la ceniza*. Incorporado el poeta al eterno y sereno ritmo de las cosas familiares y el mundo natural, vinculado íntima y cordialmente al orden de las puras fuerzas elementales —bien sea la memoria de sus limpios horizontes mediterráneos de infancia, o el sosegado ritmo musical de cualquier fuente pública en la Córdoba de su madurez—, en paz con la vida y consigo mismo, y reconciliado con toda esa indefensa precariedad del hombre, adviene a una especie de autosuficiente *sagesse*, hecha de aceptación y de renunciamiento, de lúcida constatación crítica, también, de ese flujo turbio e inconexo de la vida actual, en la que transcurre su existencia. Se constata con desdén e ironía los estúpidos condicionamientos de esa vida sometida a un maquinismo deshumanizado y a un embrutecedor burocratismo de raíz totalitaria, regido casi exclusivamente todo ello por valores crematísticos y un absorbente afán de dominio sobre el individuo.

Sabemos que tanto el Mediterráneo como las tierras de la Andalucía del interior (Córdoba), con sus civilizaciones milenarias, son importantes para tu poesía. ¿Cómo se ha producido la encrucijada entre ambas influencias?

Nadie elige su amor. Mi vivencia inicial, o mejor, iniciática, del abrupto litoral del Sureste, de su luz, de su cielo, fue decisiva en mi visión del mundo, y en consecuencia de mi poesía. Fue mi primera lección mediterránea, y esa sí que no la aprendí en los libros.

Físicamente, por ejemplo, yo no he estado nunca en Grecia, pero tampoco me hace mucha falta. Hace poco, un amigo de Córdoba estuvo allá y le pregunté cómo era la entrada del Pireo, la configuración y el color de su cielo y de sus montes: —*Poco más o menos, como Cartagena...*, me contestó.

Espiritual, cultural y físicamente,

soy un hijo del Mediterráneo. Y no de ahora, sino desde hace ya cuarenta años. O mejor, desde hace más tiempo, desde que un joven inglés, procedente de la India, se afincara en Cartagena, allá por 1870... Sobre esto, lo que tenía que decir ya lo he dicho en mis versos. Para qué repetirlo, La memoria de un poeta es más ancha que la que indica su carnet de identidad.

Mi Andalucía interior es ya otra cosa. Igualmente bella, pero menos mía. «El desterrado del océano» es el título de uno de mis más íntimos poemas.

El orbe y los ideales del mundo antiguo pronto me sedujeron con su noble prestigio intelectual y estético. Y este descubrimiento y absorción de los viejos ideales de la tradición clásica, mi imagen de la misma, están fundidos, casi corporalmente, a mi visión y vivencia física y directa del mar de Aguilas, a cuyas orillas, a muy pocos metros de su espuma, con el rumor constante de su oleaje en mis oídos, leí, en el verano del 60 o del 61, los *Diálogos* de Platón, y algunas de las obras de Eurípides.

El primero, con su extraordinaria y sugestiva potencia literaria, me fascinó —sin calar, naturalmente, en todo aquel complejo continente de pensamiento—, mas tocándome muy hondo el casi divino aletazo de su poesía, que recordé, casi de manera inconsciente con adolescente fruición. Aquellos altísimos diálogos me revelaron, con religioso temblor, el verdadero rostro de la Belleza y la Poesía con mayúsculas.

Aprendí, pues, creo que en los antiguos, junto a su casi religiosa vocación estética, una grata y muy humana lección de sabiduría y limitación, de sencilla alegría y claridad, de satisfecho y terrenal asentamiento en lo inmediato y lo concreto, en la luminosa y humana aventura inocente de vivir.

Pero, desengañémonos; si bien dentro de una misma cultura, escribimos 2.500 años después. Y han corrido muchas aguas, muchas nuevas promesas y teorías; y también hace ya cerca de 2.000 años que se sembraron a orillas de este mismo mar renovadas e inesquivables inquietudes, bastardeadas luego en mil y una ocasiones, pero que siguen impregnando nuestra actual

visión del mundo. Inquietudes que —querámoslo o no— nos bullen en la misma masa de la sangre y que alientan en el signo histórica y sociológicamente cristiano de nuestra cultura.

Con evidente contradicción y dualismo, por mi parte, conviven y se balancean en mis versos ambos magisterios espirituales, mas sin que esa tensión produzca desgarramiento hiriente alguno.

Así, soy consciente y un tanto paganamente participo de ese esplendor vital que, muy gozosamente, nos deslumbra ante la gloria del ser, así como, más temblorosamente, de esa íntima desazón y angustia por lo incierto y precario de su horizonte final, por la aparente inanidad de la existencia: resplandor y tiniebla.

Desterrada del océano, hay en mi poesía, escrita desde el ¿exilio? de mi Andalucía interior, una radical y profunda añoranza del mar, como ámbito más propicio a la revelación de lo humano en toda su pureza, liberado de los condicionamientos y ataduras de la vida urbana.

Ese afincamiento interior, tan reiteradamente explicitado en mis versos, no es sino expresión física y cotidiano reflejo de mi dolorosa nostalgia, de mi vital desarraigo de una patria de plenitud que, aunque metafóricamente pueda circunscribirse a los concretos contornos físicos del mar de mi infancia, creo, ofrece también una lectura más profunda y superior.

Mi instalación entre tierras me insatisface. Como me insatisface también, algunas veces, mi propia condición humana. Por eso mi posible paganía mediterránea es siempre incompleta y relativa; y la nostalgia de mi permanente elegía, un fracasado deseo de perfección.

¿Cuál es tu opinión en torno a la métrica y al verso libre?

Cada poeta tiene una respiración, un ritmo, un tono, y una medida casi connatural para expresarlo, en la que graciosamente viene servido el *verso dado*, el núcleo germinal del poema, como te decía al principio; cadencia en la que se condensa —creo yo— aquella *música anterior al concepto* de que hablara Mallarmé.

En mi caso, al menos, el metro nunca es buscado o deliberado.

JARDINES ABIERTOS

Viene solo, y no soy responsable de él.

En la cuestión de la musicalidad y el ritmo sí que soy bastante exigente. Hasta el punto que no puede leer una mala traducción más o menos prosificada, con la excusa del ritmo interno, de cualquier poeta extranjero, por bueno que sea.

Lo que la poesía no debe sonar nunca es a prosa; ni la prosa, por consiguiente, a metro poético alguno. Y aunque esto pueda parecer una obviedad, no lo es tanto, a la luz de tantos renglones cortados como hoy se escriben.

Desde el punto de vista de la arquitectura del poema, de siempre me ha interesado el poema amplio, con problemas de ordenación, de composición y desarrollo.

Pero, hoy, muchos han perdido el sentido del ritmo y de la métrica. Y claro, leer 300 líneas seguidas, de cadencia pedregosa y a saltos, con sus abruptas subidas y bajadas, no hay corazón que lo aguante.

Otra obviedad: el número, el ritmo es connatural con la propia poesía, una de sus más indefectibles señas de identidad; y su pervivencia a través de los siglos, expresión paladina y translúcida de sus orígenes musicales. Lírica viene de lira. Y si no hay lira no hay lírica que valga.

Esa musicalidad conlleva asimismo otra lección y sentido más profundos, que el hombre o el poema de hoy parece haber olvidado, entre el martilleo de las fábricas, los atronadores escapes de los automóviles o la virulencia de tantos artefactos sonoros.

Se olvida que la poesía traduce la música del mundo. O quizá sea que a este mundo ya no le queda ninguna.

La lírica, antes que intelectual o consciente, ha de ser musical; musical e imaginativa, preconsciente, intuitiva, sensitiva, afectiva, e incluso corporal. O mejor: totalizadora y natural. Eso es: natural, pues el primero de sus objetivos y razones es traducir ese ritmo secreto de la Naturaleza y de la vida en su conjunto musical acorde o correspondencia con la sístole y diástole del gran corazón del mundo. ¿Espiritual o material? Da lo mismo. Eso sólo son palabras.

La poesía ha de impregnarse de

vida; respirar y transmitir algo de esa poderosa y secreta fuerza vital que empapa y atraviesa el universo. Ha de estar recorrida de su misterioso y potente flujo universal, de esa cálida fuerza que como un fluido inseparable lo mismo reside en una panorámica visión paisajística como en unas hojas de hierba al borde de un camino o en los viejos y eternos estremecimientos del corazón humano.

Como una esponja sumergida en el mar, ha de empaparse y recoger, embriagándose casi de ella misma, unas pocas gotas del inmenso caudal de la existencia (caudal en el que los acumulados depósitos del recuerdo tanto tienen que ver). Ha de sorber unas notas de ese espíritu musical y sinfónico que acompaña el orden y rítmica rotación de las estaciones y los años, y ser capaz de poderlas transmitir al lector en la musical armonía de sus versos.

¿Qué libros andas preparando?

Desde 1982 en que publiqué *El fervor y la ceniza*, llevo tres libros entre manos: *Memoria de la luz*, *Museo privado* y *La selva oscura*. Todo ese material, bastante ingente, unos 6.000 versos, tal vez aparezca agrupado bajo un título general: *Los templos serenos*.

En el primero, el himno por el que el poeta tomaba antaño posesión de las cosas ha rebajado con los años su énfasis y entonada plenitud. Prosigue la afirmación, más serena, del goce del presente, de las amables y transitorias rosas de la vida, del sol, del mar, del amor inocente y la tersura de los cuerpos, de la embriagadora alegría natural de estar vivo y rodeado también de vividas realidades, en la profunda y elemental alegría de la creación. Momentos, pues, de compenetración sencilla y clara con las cosas adictas, que benignamente nos miran con una mansa sonrisa de reconocimiento.

Se mantiene mi antiguo amor por la vida, la vieja comunión con todas sus criaturas. Un cierto panteísmo final.

Pero se constata también la desaparición de muchos momentos gozosos, de otras muchas realidades perdidas, irrepetibles. La radiante posesión de las cosas se hace ahora melancólica posesión del recuerdo: memoria de la luz. Presencias,

contornos, ámbitos familiares que las circunstancias y la ciega corriente de los días se llevaron por delante; o bien otras más cálidas y tangibles, personales, que sabemos también sometidas dolorosamente al efecto corrosivo del tiempo, de donde surge la elegía, nunca desesperada ni excesiva, sí tocada de aceptación y comprensión de las contingencias terrenas y las naturales limitaciones de la condición humana.

El poeta, pues, contempla el ineluctable paso de los hombres y las cosas hacia su finitud y la melancólica añoranza de su relativa eternización en el recuerdo; pervivencia también precaria e incompleta. Queda intacto, y aún más puro, el primitivo fuego y el fervor con que un día fueron gozadas, y todo se contempla desde una dulce aquiescencia inteligente del destino, que todo lo dirige hacia su nada o a la humedad helada de la muerte.

Creo que es un libro amablemente epicúreo y en el que, por fin, saludablemente, me he despojado de las espiritualistas aprensiones con que una lóbrega educación religiosa empañara de escrúpulos y temores mi adolescente y natural posesión de este reino. Una instrucción doctrinaria bastante zafia y de vuelo un tanto corralero, a la altura de la estrechez moral de sus propios promotores, todo hay que decirlo.

Hay, pues, en este libro, una deliberada y consciente voluntad de armoniosa autorreducción a unos límites, los del aquí y ahora, los que dibujan nuestra humana razón y los sentidos.

Pero sin resignarse definitivamente a ellos, sin renunciar del todo a una hipotética pervivencia en «el otro costado», a una otra residencia más duradera y perfecta —platónica o cristiana—; al menos, religiosa en el sentido.

En mi inclinación, un tanto elemental y poco erudita, por ciertos maestros del pensamiento y la filosofía, por propia constitución espiritual, siempre me incomodó todo sectarismo, y siempre me sentí partidario de la síntesis y la conciliación de los contrarios. Pues todo es posible, y nunca nos negamos a ninguna de las grandes posibilidades de la existencia, siempre abierta.

¿Quién nos hubiera dicho hace



tan sólo 50 ó 100 años, desde el puro abismo del no ser, que un día llegaríamos a ver esta luz, a bañarnos en este mar, y a vibrar en la sacudida del primer estremecimiento amoroso, a embriagarnos de vida y de sueños leyendo a Shakespeare, o a ver nuestra propia sangre propagada en la risa y la inocencia de nuestros hijos...? (*Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que sueña tu filosofía.*)

¿Tiene entonces alguna vinculación tu concepto de la lírica con el propio de la filosofía?

Creo que poco más o menos, y simplificando, la filosofía es una búsqueda de la sabiduría y conocimiento de la última realidad del mundo por la estricta aplicación del pensamiento lógico y el desarrollo de la razón discursiva. La poesía, por el contrario, es una forma de comprensión espiritual del mundo por la intuición visionaria o el estremecimiento esencial; comprensión imaginativa a la que tampoco es ajena la vibración compleja y misteriosa de la memoria y de todos los sentidos en alerta tensión; una memoria emotiva, a veces cronológicamente más dilatada y profunda que la que pueda atesorar nuestra mera experiencia directa de las cosas, olisqueando incluso, a veces, en el sueño alguna pura ráfaga de aquel perfume anterior del Paraíso.

Pero la poesía, a diferencia de la especulación filosófica, no tiene por qué intentar resolver ningún enigma en torno a las siempre inescrutables cuestiones del sentido o naturaleza del mundo o de la vida, sino revelarnos, de manera más tangible y directa, su existencia: la hondura del abismo, la acuciante y terrible hermosura del misterio.

Sólo cabe sondear con la intuición visionaria y el temblor sus profundidades oscuras y abismales, o los turbadores horizontes de la humana fabulación metafísica.

No veo, pues, vinculación alguna entre ambas actividades; sus medios operativos son bien distintos, por más que sus preocupaciones y horizontes finales —la causa, esencia, realidad y transrealidad del mundo— puedan ser los mismos, como ocurre en una amplia zona, de carácter meditativo, de mi producción poética.

En ella hay una serie de preocu-

paciones existenciales y morales que inciden sobre otras tantas muy características del discurso filosófico, como son la amarga incertidumbre de la conciencia humana ante el sentido de la vida y el misterio de la propia mortalidad, el problema del mal y el de la miserable condición humana, en cuanto ésta es víctima continua de un oscuro destino y del dolor, o la serena contemplación de su propia caducidad irremediable. De todo lo cual, con los años viene a desprenderse, por mi parte una resignada aceptación de la vida, una reconciliación, quizá algo melancólica, con su oscura corriente inextricable, aun a pesar de su doliente cortejo de trabajos, de iniquidades y tristezas, o un constitutivo afán de resistencia contra el tiempo, o sea, contra el dolor (*Tempus est dolor*), pues no está en manos del poeta cambiar el signo de la historia. Y todo ello entreverado por un reverencial y casi religioso acatamiento del misterio, mas sin que este acatamiento último excluya asediado con todas las armas al alcance de nuestra meditativa humanidad interrogante.

Pero esa es la cara de sombra de mi actividad literaria. Perfectamente compatible con la antigua embriaguez solar de mi inicial descubrimiento y posesión de este mundo, de mi yo concreto, alimentado de sensaciones concretas, de sensaciones profundas como las del mar o la tierra.

Frente a mi desdén por el tiempo social que me toca vivir, frente a la morbosa obsesión por la fealdad, de nuestra cultura, queda el recuerdo nutricio de unos años primeros, acogidos al encanto de una naturaleza propicia, por más que la torva estupidez ético-religiosa que inspirara a esta sociedad hace ya algo más de un cuarto de siglo empañase, en días adolescentes, mi inocente y radiante posesión de este mundo con culpabilidades fantasmales y gratuitos remordimientos, al intentar ejercer mis humanos y racionales atributos.

De este modo, una amplia zona de mi poesía nace, pues, de una fervorosa contemplación del mundo que, a manera de himno, se expande en una cálida celebración maravillada de la pureza —hoy tan precaria— de sus primigenios y na-

turales elementos: la línea de unas montañas avanzando en el mar, el lento declinar de las nubes, el desmoronarse sobre sí mismas de unas olas para alzarse, de nuevo, incesantemente reiteradas y ajenas al desgaste del tiempo; el estremecimiento del viento entre unas cañas o el ritmo solemne e implacable de las estaciones y los años. En definitiva, el viejo y eterno canto de la tierra, mientras el hombre, o el poeta, nace, crece, canta, pasa, y apenas si queda rastro alguno de su canción o de su paso. Mientras todo se nos disuelve entre las manos, y apenas si el acto, compensatoriamente recreador, del poema —el eco de un recuerdo— puede restituírle una cierta entidad consoladora.

El poeta, en medio de la maravilla del mundo, más transido íntimamente también del temblor de su misterio, se formula existencialmente las eternas preguntas inquietantes: quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos.

De todas ellas, una de las más inesquivables e intensas es la planteada por la consideración de la inutilidad del dolor humano: aquella que necesariamente se suscita por la consideración de la aventura y la vida del hombre como un patético y fugaz paso sin sentido por un universo tan bello e indiferente.

En este plano, «Canto de la afirmación de mí mismo», escrito a los veinte años y en el vigésimo aniversario de la muerte de mi madre, lo veo como el punto de partida de esa serie de poemas indagadores del oscuro sentido, o sin sentido, de la existencia. Se trataba de una afirmación de la vida, desde la constatación del dolor ajeno, que era también el mío; una personal afirmación del poeta en la existencia a pesar del luctuoso origen de la suya propia.

Varios años después, en «La noche triste», esta misma reflexión y elegía en torno a ese mismo episodio familiar sirve de punto de partida para remontarme a una más serena y desesperanzada meditación sobre tanta estéril y gratuita pesadumbre como ha acompañado y acompaña el paso del hombre sobre la tierra, a lo largo de la historia.

En esa misma línea de pesimismo radical —del que el magisterio espi-

ritual de Leopardi no anda lejos— se inserta otra de mis composiciones más queridas, «Los argonautas»: infinito periplo sin objeto, como el de la vida humana, sobre un océano indiferente, desde la constatación de la ruina de los dioses y toda suerte de respuestas. Poema éste, «Los argonautas», en que se funden varias de mis más constantes obsesiones: el mar, el mito, el tiempo, la nostalgia, el mundo clásico, junto a la desoladora falta de respuestas a las más hondas aspiraciones del hombre y la constatación del vacío de la existencia; composición que curiosamente conecta, a su vez, con otras cronológicamente muy anteriores, como mi «Oda absurda a los hombres de cada día», de mi primer libro, por ejemplo.

Tú eres profesor titular de la Universidad de Córdoba. ¿Qué opinas del ya clásico concepto del poeta-profesor? ¿Existe realmente esa figura?

Un poeta puede ser cualquier cosa, desde bandido como Villón, a rector perpetuo como Unamuno. Por otra parte, la figura del poeta-profesor ha existido no sólo ahora sino en momentos muy señeros de nuestra historia. Piénsese en toda la escuela poética de Fray Luis y en la Salamanca de nuestro siglo XVI.

La figura la creo perfectamente legítima y fecunda siempre que el poeta-profesor, al sentarse a escribir poesía, se olvide, por un instante, de sus teorías y metodologías literarias, de la nueva retórica de las ciencias de la literatura!, y otras zarandajas metapoéticas, y atienda al pálpito íntimo de su sensibilidad y a la llamada iluminadora de su pensamiento cordial.

¿Habrà poesía menos «profesoral» que la gran poesía de Dámaso Alonso? Existe el poeta-profesor, y poetas que además de poetas son profesores.

Por su supuesto conocimiento de la historia de la literatura y de los elementos de su oficio, incluso puede ofrecer ciertas ventajas, de partida. Pero siempre que sopeses sus palabras, como Fray Luis —el más apasionado con Unamuno y el gran Dámaso, de nuestros «poetas-profesores»— no en la balanza de la última teoría crítico-literaria, sino en el fiel de su sensibilidad y de su

propio corazón. El rigor nunca está reñido con la pasión ni con la profunda intuición verbal que preside el acto creador.

En mi generación, por la extracción universitaria de la mayoría de sus integrantes, abunda el poeta-profesor. La literatura que escriben a veces es «sabia», excesivamente intelectualista y erudita, con una erudición y una retórica, no de corte decimonónico y elocuente, sino muy siglo XX; es decir, una erudición más tecnológica o tecnicista, más metálica y más fría, casi de plástico o material sintético. Una retórica de índole profesoral y conceptuosa. En el fondo, bizantinismos y superficialidades revestidas de presunción y gravedad.

Como crítico, como estudioso de la literatura, también eres autor de una importante obra. ¿Qué relación existe entre una y otra?

Nunca he escrito una sola línea de crítica literaria sobre un autor que no me haya emocionado previamente; que no haya hecho resonar mi sensibilidad, o modificado la perspectiva de mi visión del mundo por afinidad o por oposición; que en cierta manera no me haya identificado con él en algún aspecto.

Esto, qué duda cabe, que pueda ser discutiblemente académico o doctoral. Pero mi crítica es eminentemente ensayística, con cierta intención también de creación literaria, al menos en su estilo, y con dosis también de pasión personal.

Por otra parte, es un error que la pasión ciegue el discernimiento crítico. Más bien lo afina; agudiza la intuición y visión espontánea de las cosas y pone los sentidos en tensión.

Paradójicamente, nunca me siento más lúcido que cuando un asunto me apasiona. Los que nos dejan indiferentes hace suspender igualmente nuestra capacidad de penetración y discernimiento.

Háblanos, finalmente, del mundo externo de la poesía y del poeta. De sus actividades externas: editoriales, tertulias, revistas... medios de dar a conocer su obra. ¿En cuáles participas tú?

Nunca he sentido la llamada urgente de los centros de decisión cultural como Barcelona o Madrid. Y menos, las de las imposibles sirenas de la gloria literaria.

Cuando tuve que elegir una Universidad para cursar mis estudios, elegí libremente una entonces un tanto íntima y recatada, pudiendo haber escogido cualquier otra de más notoria proyección externa. Y para mí, que fue uno de los mayores aciertos. Aquel ámbito de cálida familiaridad y sosiego, un tanto intemporal, fue muy positivo para mi posterior maduración intelectual y académica.

Escribo por una acuciante necesidad interna, para iluminarme el mundo y aclararme las cosas, para acceder a una mayor y más profunda conciencia de la realidad, para una más honda posesión de mí mismo y de lo que tengo ante los ojos. Si esos versos pueden llegar a interesar o emocionar a alguien, para mí es una satisfacción. Pero nada más. Téngase en cuenta que no soy un escritor profesional, pues la creación poética no es ninguna profesión, y me temo que mis aspiraciones al prestigio literario sean bastante escasas.

Afortunadamente, la poesía no se vende. Si no fuera por ciertos poetas, yo creo que sería el producto más limpio y desinteresado de esta sociedad.

Por otra parte, ¿qué es la gloria literaria? De un buen libro de versos pueden hacerse 600 ó 900 ejemplares, que al fin y al cabo vienen a leer unos cuantos amigos y aficionados, también poetas. Con un poco de suerte, te puede dedicar una página el «ABC» o «El País», y algún artículo en alguna revista especializada. Cualquier concejal de segunda o el cantante de turno tiene una mayor cobertura periodística e informativa.

La gloria literaria de verdad, en este país, con sus saltos de la rana, como «El Cordobés», y su fina postería para señoras, sólo la ha conseguido Antonio Gala.

Y la verdad, el ejemplo es poco estimulante.

Damos las gracias a Carlos Clementson por sus palabras que han de mostrar a muchos el sentido de una poesía y de un poeta singulares.

Hizo las preguntas Francisco Javier Díez de Revenga.